

Editorial

Hoy día, cuando el confort ofrecido por los múltiples dispositivos de entretenimiento y diversión en el entorno doméstico y público, que incuestionablemente movilizan nuestra sensibilidad hacia otras formas de ver, de sentir, de escuchar y de asumir la relación con el mundo, con las cosas, con el pensamiento y con las problemáticas que nos rodean, la decisión de “hacer teatro” o de “ir a ver teatro”, pasa por una serie de transformaciones que inciden en cada uno de los elementos de la representación escénica. Transformaciones no solo en sentido técnico, es decir, en la forma de hacer sino también en la forma de concebir y sobre todo, en el modo de ver. El contexto en el que surge la obra escénica se ha transformado tanto para quienes la elaboran como para el público que la aprecia.

Y no son pocos los elementos que conforman la realización de tal obra. En ella convergen propósitos estéticos, éticos, políticos, culturales, técnicos, por mencionar solo algunos, que mueven el espíritu de quienes se dan a la tarea de officiar en aspectos tan ricos como la dramaturgia, la actuación o la dirección, por ejemplo. Por otra parte, podríamos decir que a cuenta de la novedosa generación de sofisticados dispositivos y adminículos tecnológicos que rápidamente van haciendo parte no solo del ambiente entorno sino de nuestro propio cuerpo, una nueva generación humana con una sensibilidad en continua transformación encara la escena artística. Con ello nos enfrentamos a una inminente revaloración de la obra de arte en todas sus expresiones. Tal revaloración ha de tener un marco en el que podamos comprenderla.

Actores y espectadores tienen al frente un complejo panorama en el que los elementos constitutivos del arte dramático están provistos de otros ropajes: tiempo, espacio y acción adquieren nuevos contenidos en la medida en que el arte, la ciencia y la tecnología apuntan a ensanchar los límites que hasta ahora los han deslindado. Pero a la par, hay un aspecto no menos importante, a nuestro modo de ver, que debe acompañar siempre el andar de la obra, de los hacedores y del público, para iluminar

de modo inteligente y ajeno a veleidades, la construcción de complejos, enriquecedores sentidos. Ese elemento es la crítica.

De ahí que, animados por la comprensión de que el arte dramático vive no solo en el momento de la puesta en escena sino también a partir de lo que de esta queda como potencial en la sensibilidad del público, nos hemos dado a la tarea de acercarnos a la crítica, reflexión que observa y cuestiona la obra y, en esa medida, nuestra forma de ver, de percibir, de otorgarle sentido; trascendiendo el lugar subjetivo del gusto para instalarnos en el lugar de las valoraciones afincadas en otros territorios de nuestro entendimiento y de nuestra intuición.

Tarea exigente por cuanto congrega multiplicidad de aspectos desde los cuales ver la puesta en escena, “objeto” cuya forma no se consolida sino en los trazos que de él guarda la memoria, puesto que se trata de un encuentro con lo efímero de la representación dramática, vale decir, con un irrepetible estar ahí, en el acto. Quizá pueda argüirse que la escenificación bien puede ser vista repetidas veces; sin embargo, podemos objetar que la actualización es, justamente, ese momento de encuentro vivo, cambiante en cuanto nuevas circunstancias emergen.

Se trata entonces de establecer unos mojones sobre los cuales pararnos para avanzar en la lectura de lo que la memoria nos deja y, en esa medida descubrir, o mejor, re-descubrir aspectos, elementos configuradores de la obra no tenidos en cuenta en su momento para así enriquecer la vivencia, valorarla de otros modos. Así, pues, “ponemos sobre la mesa las cartas” que nos dicen lo que piensan acerca del teatro hoy, autores como Ramiro Tejada y Wilson Escobar, quienes ofrecen sus consideraciones acerca de la crítica; por otra parte, Leopoldo Pulgar, Fernando Vidal y Jaime Chabaud, trazan una amplia mirada sobre la obra *Oc Ye Nechca*. Por su formación, experiencia y cercanía con el hecho teatral en el medio, hemos acudido a ellos; asimismo, contamos desde nuestra Facultad con los aportes de Fener Castaño y Elicenia Ramírez.

Y alentando el espíritu teatral en esta edición, nuestra sección Estreno de Papel cuenta con la obra *Partituras del deseo*, del dramaturgo y director de teatro Manuel José Sierra. Igualmente, en nuestra acostumbrada Galería de Papel, contamos con la obra de Javier Manjarrés. Por otra parte, como una forma de ahondar sobre la historia de nuestra institución, abrimos el espacio para la Memoria, con el aporte que desde su trayectoria y vivencia nos hace Miguel González.